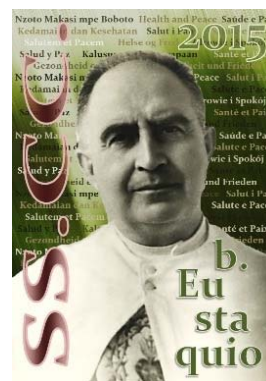


Deseo de familia

Javier Álvarez-Ossorio ssccl
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 93 – 2 de julio de 2015



Rama Secular de Madrid (España)

Dentro de tres meses se celebrará el Sínodo ordinario sobre la familia. Será como una “segunda parte”, después del Sínodo extraordinario del año pasado. Como sabéis, he sido llamado a ser miembro del Sínodo, de parte de la Unión de Superiores Generales.

Agradecimiento

Para preparar mi participación en el Sínodo, escribí a los superiores de los hermanos, a la Superiora General de las hermanas, y a los coordinadores y coordinadoras de las comunidades de la Rama Secular, pidiendo que me ayudaran respondiendo a la pregunta: ¿qué creéis que la Iglesia debería hacer o decir en este momento para ayudar a las familias a vivir la alegría del Evangelio?

Las reflexiones que me han llegado son una muestra de la variedad de posturas que se encuentran en la Iglesia frente a las diversas cuestiones que se plantean en torno a la familia, especialmente en lo referente al matrimonio y a la disciplina de los sacramentos.

He recibido respuestas de cuatro hermanas, de seis hermanos, y de doce comunidades o sectores de la rama secular. Les agradezco mucho su contribución y su ayuda. Se nota especialmente en los miembros de la rama secular un gran interés por este tema, que forma parte muy directamente de su realidad cotidiana. Muchos grupos han tenido reuniones especiales para tratar este tema y preparar su aporte. ¡Gracias!

El deseo del corazón

Hay un "deseo de familia" inscrito en el corazón de todos. Nadie desea quedarse solo, desprovisto de lazos fuertes con otros. Desde que somos engendrados, necesitamos el afecto de unos padres y el apego a personas que nos amen; lo necesitamos tanto como el respirar y el alimentarnos. Ya adultos, el corazón quiere seguir arropado, al tiempo que se ve llamado a cuidar de otros.

La familia es una alianza de personas íntimamente enlazadas entre sí, que cuidan unas de otras y donde cada una es irremplazable. No es una "empresa productiva", donde lo importante sería desempeñar un rol para que las cosas funcionen o para que se alcancen no sé qué objetivos. Lo que de verdad cuenta en la familia es que cada persona sea quien es, con su rostro único e insustituible, y que la vida de todos y de cada uno se genere, se desarrolle y se humanice.

En la familia, la vida se articula sobre el doble eje de la diferencia sexual (varón y mujer) y de la diferencia de generaciones (padres, hijos, abuelos...). Habrá muy diversas maneras de vivirlas, pero esas dos diferencias nos constituyen por dentro y tocan en su núcleo central el misterio de la vida.

La familia nos configura como personas. Cargamos con ella toda la vida, para bien y para mal. Los lazos familiares son como las raíces del árbol: aunque se mantengan escondidas bajo la tierra, de ellas depende en gran medida que el árbol se mantenga en pie.

La familia no es una cuestión solo de cristianos; es una cuestión de toda la humanidad. Tampoco se reduce a la realidad del matrimonio. El matrimonio es ciertamente muy importante, pero hay muchas familias que no cuentan con un matrimonio (casos de viudez, monoparentales, parejas no casadas, etc.) y no por eso dejan de ser familias en las que late el deseo de constituir una comunidad de vida y de amor.

Podemos suponer que quien se embarca en la aventura del matrimonio y de la familia - con motivación de fe o sin ella- desea, en principio, que los lazos duren siempre y que crezca y se fortalezca un amor genuino entre todos sus miembros. Es un deseo que no engaña, ya que responde a una legítima aspiración del corazón; aunque a veces el deseo se frustra y quede como el herido caído al borde del camino. El matrimonio y la familia apuntan siempre hacia un horizonte que les supera; son un itinerario, un camino a recorrer, una casa siempre en construcción, una llamada a la responsabilidad.

La fe nos dice que somos familia porque Dios ha dejado su impronta en cada uno de nosotros al crearnos. Dios es familia, es Trinidad, es relación, es amor. Cada uno de sus hijos y de sus hijas es único ante sus ojos; nadie sobra; todos son objeto de cuidado amoroso y todos son llamados al abrazo del Padre.

Acompañar

Creo que el desafío principal que se plantea la Iglesia en este Sínodo es el de cómo acompañar a las familias. A todas las familias. Cuando decimos "Iglesia", nos referimos a las familias que constituyen la Iglesia. En el imaginario habitual, se identifica la Iglesia

principalmente con los obispos, los curas y las monjas (es decir, los que no se casan, los que “no hacen” familia), que son los que deberían prestar una atención pastoral especial a los demás. Esa imagen es una deformación clerical que debe ser superada. En realidad, la Iglesia es un montón de familias, una familia de familias, una comunidad de familias que existe al servicio de la gran familia humana.

La Iglesia es hermana y, como tal, se hace compañera de las familias que encuentra en el camino. La Iglesia dirige una mirada amistosa a las familias tal como son: familias alegres a las que animar, familias en dificultad a las que sostener, familias rotas a las que consolar, familias recompuestas en las que reconstruir... Las familias están llamadas a formar red, a apoyarse entre ellas, a compartir los recursos que funcionan (todo aquello que ayuda a amar más y a cuidar mejor a las personas), y a advertirse mutuamente de los peligros que dañan la alianza que las constituye.

La Iglesia es discípula, porque escucha a su Señor, y misionera, porque da testimonio de lo que ha recibido. La sabiduría del Evangelio tiene mucho que ofrecer al ser humano para ayudarlo a realizar el deseo de su corazón: el deseo de ser familia, de crear familia, de ser feliz en familia. ¿Cómo ofrecer eso más y mejor para que las familias puedan vivir la alegría del Evangelio? Esa es la pregunta central del Sínodo.

¿Y nosotros?

¿Qué podemos aportar nosotros como SSCC a este empeño en favor de las familias? Creo que nuestro carisma y nuestra misión nos llevan a acentuar algunas maneras concretas de actuar. Señalo tres:

◆ Iniciar al amor de Dios.

Todo lo que hagamos para dar a conocer el amor de Dios y ayudar a las personas a entrar en su misterio, servirá a la familia. El Padre es la fuente de toda familia en el cielo y en la tierra (cf. Ef 3,14-15). Reconocerse amado por Dios, y aprender a amar como Jesús, es camino para afianzarse en ese amor resistente y generoso que necesita toda familia.

Múltiples acciones buscan este fin: la pastoral de las parroquias y los colegios, las catequesis prematrimoniales, la pastoral familiar, etc. También la promoción de la oración en familia, como hacen la entronización y otras iniciativas inspiradas en ella.

◆ Reparación y reconciliación.

Los miembros de la familia se ayudan, se quieren... y también se dañan unos a otros. Podríamos ofrecer lugares de escucha a parejas y familias en dificultad, indicar procesos de perdón y sanación, y –cuando se consuman rupturas– acompañar a las personas en la superación de sus heridas y amarguras y en la reconstrucción de sus relaciones.

Deberíamos estar también especialmente atentos a las familias que sufren, y a quienes se han visto arrebatados de sus familias a causa de la violencia, de la emigración, o de la persecución.

◆ Crear hogar.

“Procuramos ser agentes de comunión en el mundo” (Const 6), y desarrollamos relaciones marcadas por “la sencillez y el espíritu de familia” (Const 7). Podemos poner esto en práctica invitando a las familias a formar comunidades en las que encuentren su hogar espiritual en la Iglesia. Se trata de formar y acompañar comunidades de familias, a las que puedan engancharse también, de alguna forma, tantos cristianos que parecen deambular solos en su fe, y tantas personas que se encuentran desamparadas –sin familia- en la selva de la vida.

Al decir esto pienso en las comunidades de la Rama Secular, en las comunidades cristianas de base, en movimientos familiares, y en otras redes (confesionales o no) que promueven la comunión entre las personas y su organización para una acción común.

Estos apuntes sobre posibles acciones quedan abiertos para ser completados por la experiencia de todos vosotros que acompañáis familias de diversas maneras. Recemos por el próximo Sínodo, para que sea vehículo de la luz del Espíritu para la Iglesia, que es familia y sirve a las familias.

Que el deseo del corazón de cada ser humano, deseo de ser siempre hijo o hija, hermano o hermana, esposo o esposa, padre o madre, pueda ser custodiado y promovido con misericordia y verdad, hasta que se vea cumplido plenamente al reunirnos todos en torno a la mesa del Padre.

